



El Trino del Diablo

Por Ignacio Valente

SUELE decirse de muchos autores que, en sus libros sucesivos, están tratando siempre de escribir y reescribir la misma obra. Este es exactamente el caso de Enrique Valdez, que en *El trino del diablo* (Editorial Aharreda) vuelve a intentar el argumento esencial de sus novelas anteriores. Vuelve al trino y Trupenda: el muchacho que en alguna región austral de Chile sufre una tempestad vocacional, así que y viene a cultivarla a Santiago, donde porra por las sombrías rutas del arte. La reiteración se explica por su claro elemento autobiográfico. Valdez nació en Aisén y es actual vicepresidente de la Orquesta Sinfónica de Chile. Cada novela debe jugar en sí misma, y el paralelismo no es por fuerza negativo; pero mirando el conjunto de esta obra, parecería la hora de emigrar desde las variaciones en torno al joven músico hacia otras regiones de la evidencia, un periplo de que esta sea habilitada, todavía.

La sucesión de los episodios se dice rápido: propósitos de infancia en tierras del sur, sueños premonstrados (los hay demasiadas promesas del futuro artista que será Gabriel), el surgir de la vocación musical, los primeros años del primer viaje, el con-

servatorio en Santiago, la hora para estudiar en el extranjero, la odisea de Nueva York y el éxito de las giras internacionales. (La nota consopita es exclusiva de *El trino del diablo*), el retorno a Chile, la decadencia del solista en alguna egregia orquesta provincial, y el hundimiento literario en las brumas del alcohol y la mediocridad crítica.

La voz del narrador comienza alterando la primera persona con la tercera, pero después de algunos débiles intentos de narrar impersonalmente, el lenguaje vuelve a la primera confidencial y se instala en la conciencia de Gabriel, salvo en los pocos episodios que —por estarlos a él— no pueden contarse en primera persona. En algunos de estos episodios con poca fortuna la voz del narrador comienza, cuya voz parece un gramo no disuelto en el flujo del lenguaje, que habitualmente se desliza bien.

Hay también otro género de acontecimientos: los que ocurren en la línea argumental. Por ejemplo: cuando Gabriel decide postergar su boca norteamericana para hacer divulgación musical en el coranto del pueblo, en algunas partidas, suena una nota sumamente artificial en la voz del nar-

rador: parece que el autor lo estuviera empujando desde fuera para que a la novela se le fallara ese recurso ni al personaje esa experiencia. La cuestión de verosimilitud: todo suena un poco complicado y violento. Sin embargo, el narrador se repone de inmediato, porque justamente el primer concierto diatónico en alguna escuela del sur está muy bien contado: "Y suena su guitarra". ¿Por qué no toca una cuerda para empujar? (...) Y qué es un concierto, señor? Yo entiendo sin cantar, puta música que debe escucharse muy callado (...) Todos son niños que hacen lo posible por concentrarse, pero el sonido del violín hermanero por ahorrirlas.

Un bloque semejante, esta vez de lenguaje, tiene lugar en la primera descripción de Nueva York: viene antes la poesía que la narrativa de la ciudad inmunda, y aunque algunas imágenes líricas son adictivas, otros parecen un tono como de Norrida en Marcha Procho, un aire de letanía turística: "Así se inicia el fin de los poderes y el humo triunfante de los poderes. Aquí está el todo de las lágrimas, la fuente del aliento, la cuna del desolado". No resuma así el "Ángel idealista", la de buena, bastante perdido, canta



sarrada bajo la forma de una paja de buena con el futuro maestro—es un excelente trino narrativo.

Enrique Valdez es hombre de contrastes. Escribe palabras sumamente convencionales, como "el hermoso trino" que su padre me enseñó esa tarde lejano frente al mar", o se detiene en observaciones del todo obvias, como a propósito de la puerta ortopédica de su mentor: "La verdad era que en aquella puerta de madera jamás pudo encontrar Esteban lo que perdía en la verdadera. La alegría del movimiento, la agilidad del cuerpo y de los miembros". Y sin embargo alterna esas simpatías con observaciones de muy buena ley, como a propósito de su viejo profesor de violín, que "paciencia una prolongación casual en suentre siglo", o daba la impresión de vivir por una de esas malas costumbres que no se pueden dejar voluntariamente". Así también en varias ocasiones a cuento de "el alma del violín", que evoca esas "cosas" de Rilke, cargadas de humanidad.

El hilo central de esta novela no va en el propio carácter del protagonista, en cuanto radicalmente incapaz de dejar su propio destino, en el arte o

fuera del arte. Su carrera musical es pura inercia, son otros quienes deciden sus pasos, su madre, su representante. Gabriel es abólico, pasivo, indolente, a pesar de sucesivas crisis de identidad y pequeñas rebeliones contra el destino, lo lleva la fatalidad: una fatalidad sin gradientes de tragedia, sino chubasco doméstico y para toda gracia. Mas allá de su carácter personal, lo que interesa abordar esta novela es el gran tema del destino del artista en ciernes: sus problemas interiores, su mala relación con el mundo exterior, su fe y su escrupulosidad sobre su propio arte, sus ráfagas de esperanza y desesperanza.

Pero, más allá del tono algo lúcido y melodramático del protagonista, que parece sumarse dominado en serio—y por tanto suena a retórico—, hay en su historia una dimensión de parábola que apunta a algo terrible: Chile como una larga y angosta faja de todo y mediocridad, que diluye en alcohol y muerte los talentos del artista. Chile como un cementerio de artistas fracasados. Solo al final se revela esta dimensión de la novela, y tal vez su cierre melodramático es la manera de apuntar oblicuamente a esta condición voraz y fatalmente de nuestro medio.

Confesiones de una mucama: Borges murió virgen. [artículo]

Libros y documentos

FECHA DE PUBLICACIÓN

2001

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Confesiones de una mucama: Borges murió virgen. [artículo]. retr.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile